

LIBERTAD Y CULTURA

por Ismael Quiles; S. J.

El progreso de la técnica es deslumbrante. Nadei se atreverá a negar que en un solo siglo se han realizado avances en los que ni soñaron nuestros bisabuelos. Las ciencias jurídico-matemáticas avanzan en geométrica.

Pero, cuando se trata de los valores espirituales, el progreso no es tan palpable, y, a veces, se llega a dudar de si hemos avanzado moral y espiritualmente en relación con la época del Renacimiento o con la Edad Media.

Sin embargo, por poco que observemos atentamente el ambiente social de nuestro siglo, percibiremos un cambio de mentalidad en la apreciación de ciertas normas sociales y de ciertos valores humanos en comparación con las épocas antiguas. Y tal sucede especialmente cuando se trata de las relaciones de los hombres entre sí y de los individuos frente a la colectividad. Hemos ido afinando muchos de los conceptos que constituyen las bases de las ciencias del espíritu, tales como religión, sociedad, el estado, dignidad de la persona humana, derechos del hombre, arte, libertad, cultura...

Refiriéndonos a los dos últimos, es evidente que se observa una evolución favorable, es decir, un progreso ostensible en el concepto dominante de libertad y de cultura en el siglo XX, respecto del que regía en el Renacimiento o en la Edad Media. Hay ahora una mayor comprensión, una visión más profunda de lo que es la libertad humana individual, debido a que se ha comprendido más profundamente su esencia y su valor.

Una de las señales de la madurez de nuestro ambiente espiritual es el "respeto público", que se profesa, en teoría por lo menos, a la libertad. Aún aquellos regímenes actuales que en su esencia son tanto o más totalitarios que los absolutismos de la Edad Media o del mundo pagano, se encubren bajo una continua prédica de libertad y una repetida profesión, que a veces resulta descaradamente cínica, de respeto por la libertad. Todo esto demuestra que el concepto de libertad ha madurado, y que, aun los que la violan, tienen que invocar su nombre y acogerse bajo su bandera.

Basándonos en esta mayor compren-

sión del concepto de libertad propio del siglo XX, vamos a analizar la esencia, las exigencias y las dificultades modernas en uno de los problemas que más afectan a la realidad, a la felicidad y al destino del hombre y de los pueblos: la **libertad cultural**.

Por cierto que, cuando la libertad se conjuga con la cultura, el respeto se hace máximo, pues resulta la libertad cultural más universalmente admitida que ninguna otra libertad; de religión, de asociación, de trabajo, etc., etc.

I. - LA ESENCIA DE LA LIBERTAD CULTURAL

Si analizamos lo que en su esencia misma significa la libertad cultural, comprobaremos de inmediato que sintetiza la esencia misma del hombre y aun coincide con ella. El hombre se define por la inteligencia y la voluntad. Por ellas se distingue de los demás seres del Universo, y puede, por tanto, afirmarse que en ellas está su esencia característica. Ahora bien, la cultura, en su más amplio sentido, no es otra cosa que la manifestación propia de la inteligencia, y la libertad la expresión de la voluntad. La libertad cultural connota, pues, las raíces esenciales del hombre, que son su inteligencia y su voluntad.

Por lo mismo, la libertad cultural afecta a aquello que en el hombre constituye su máxima dignidad, aquello por lo que sobresale entre los demás seres, aquello por lo que resulta un ser privilegiado en el Universo. Por su libertad cultural el hombre es hombre. Podemos todavía señalar la coincidencia de inteligencia y voluntad, de cultura y libertad en una sola expresión, en que ambas se funden, es decir, la interioridad. La cultura, como la inteligencia significan que el hom-

bre es un ser que posee su propia interioridad, su propio yo, y, en ello se diferencia de los brutos que están siempre vueltos hacia el exterior determinados por el contorno del mundo externo que los rodea, guiados desde afuera. Los brutos no tienen un mundo interior, no tienen un **sí mismo**, porque su conciencia no puede replegarse totalmente sobre sí, como lo hace el hombre cuando dice **yo**. He aquí la interioridad consustancial al hombre. Pero todavía más profunda es la interioridad propia de la voluntad, de la libertad. Solo puede haber libertad cuando, la determinación procede del núcleo más interior al hombre, más desde adentro; y cesa la libertad cuando la determinación viene desde afuera y en el grado en que ella viene desde afuera. Entonces hay coacción, mecanismo, pero no vida humana. A lo más se logrará un animal doméstico, pero no una acción humana propiamente tal.

Todo lo cual nos está revelando que la vida del hombre debe proceder de su interior, y que, en tanto en cuanto de su interior no procede la vida del hombre, va perdiendo sus características esenciales para descender a lo infrahumano.

Por eso la libertad cultural es, en su origen, el fundamento de la dignidad humana y en cuanto se la afecta se viola la más sagrada dignidad del hombre. No importa que al hombre se lo dirija correctamente; no importa que lo que se le impone "desde fuera" sea lo mejor; o que aquello que se le obliga a admitir como verdad, sea auténtica verdad. En el grado en que se recibe la verdad mecánicamente y no comprobada desde el interior en un acto consciente y libre, el hombre deja de vivirla como tal, y sus acciones y sus afirmaciones se parecerán a las de una máquina o a las de un disco, dejando de ser propiamente humanas.

He aquí la enorme importancia de respetar la libertad cultural. Cuando directa o indirectamente se la impide y se hace imposible, se comete una especie de asesinato espiritual del hombre, y por eso viene a ser un atentado general contra la vida humana, porque implica la esclavitud más degradante, la de la inteligencia, y porque se rebaja al hombre a la categoría de irracional.

II. — EXIGENCIAS DE LA LIBERTAD CULTURAL

1) Derecho a la verdad.

Ante todo, la libertad cultural incluye lo que podemos calificar de **Derecho a la verdad**. El libre acceso a la cultura no es otra cosa que el derecho a tener expedito el camino para adquirir la verdad. En cuanto se priva a un individuo del acceso a la verdad, y en el grado en que se lo priva, se está violando la libertad cultural, y, por ende, la dignidad humana. Este derecho a la verdad reclama, de parte de los demás individuos y de la sociedad, una ayuda positiva en el grado en que ello sea posible; pero, sobre todo, la exclusión de todo positivo impedimento, ya sea de los demás individuos ya sea del Estado, que prive a los aptos de su acceso libre a la verdad. Evidentemente que la verdad abarca todos los órdenes del conocimiento humano: científico, filosófico, religioso, artístico, etc., etc.

2) Derecho a la verdad "comprobada por mí mismo".

Pero el derecho a la verdad incluye, como condición esencial, el que sea yo por mí mismo quien compruebe si lo que voy adquiriendo es o no es la verdad;

si lo que se me ofrece, como valor positivo o como conquista del conocimiento humano, es o no es tal. La comprobación personal de la verdad o del valor de cuanto aparece en el campo de mi conciencia es indispensable, pues, de lo contrario, puede ofrecérseme como verdad el error y como bien el mal, y no puedo yo, evidentemente, dar mi asentimiento a uno y a otro, no puedo hablar de mi posesión cultural, si no soy yo mismo el que puede dar razón de ello. En una palabra, en lo que se refiere a la libertad cultural, es necesaria la comprobación personal del valor de la cultura que se me ofrece.

Por supuesto, esta comprobación puede ser directa e inmediata, como es cuando yo controlo el valor de un teorema matemático o de una proposición filosófica; o bien indirecta, cuando me consta de la autoridad del testimonio que me ofrece la verdad determinada. Yo no puedo comprobar con mi experiencia la existencia de Cicerón o de César; pero comprendo que es autorizado el testimonio histórico, en que se funda mi afirmación de que han existido Cicerón y César. No puedo, en el plano científico, probar las leyes que rigen la desintegración del átomo, pero si un científico de primer orden me indica y afirma que tales leyes se fundan en determinados procesos, puedo razonablemente admitir que así sea.

En todo caso, sin embargo, debo ser yo mismo el que controle los fundamentos de la verdad que, como tal, encuentro o que se me ofrece desde afuera.

3) Derecho a aprender.

De los primeros derechos brota el de aprender. El aprendizaje es una sistematización del acceso a la verdad, a que tiene derecho innato todo hombre. Exige, por de pronto, la exclusión de todo im-

pedimento positivo, para adquirir aquellos conocimientos que están en la posibilidad y en su deseo de un hombre de acuerdo a su vocación individual y social. Es claro que el aprendizaje debe siempre ir acompañado de la posibilidad de comprobar por uno mismo si el método de acceso a la verdad, por el que uno camina, es correcto o no.

El derecho a aprender incumbe primaria y originalmente a cada individuo. Cuando se trata de la persona ya desarrollada y conciente de sí misma, es claro que este derecho individual puede ejercerlo cada uno directamente y que es inalienable. El ciudadano adulto tiene derecho a aprender en la forma que él crea más conveniente para su propia formación y para su acercamiento, cada vez más integral, a la ciencia, a la cultura, al saber, a la técnica, etc., etc. Toda limitación o impedimento de controlar por sí mismo el método de aprendizaje en que uno se halla, o toda imposibilidad de elegir un método diverso, si el que se le propone es insuficiente, implica una limitación inadmisible del derecho a la verdad y a la libertad cultural, que brota de la esencia misma de la persona humana.

Cuando se trata de los niños y de los jóvenes que no están todavía capacitados por sí mismos para discernir de la eficacia o aptitud de un método determinado de aprendizaje, de estudio o de formación, compete a los que están más identificados por naturaleza con el menor, la elección de aquellos métodos que crean más convenientes para el acceso del interesado a la verdad. De aquí el derecho de los padres, que son los más unidos por la naturaleza a los hijos, para elegir el sistema de educación que crean más conveniente, y para vigilar todo el proceso educativo, a fin de que se desarrolle de acuerdo a la conveniencia de sus hi-

jos. Cuando los padres faltaren, serán los parientes más inmediatos, y en caso de que ninguno se hallase unido por naturaleza al niño, corresponde al Estado velar por esta educación apropiada eligiendo el sistema de educación más oportuno. Es claro que uno de los medios más adecuados para ejercer esta función supletoria del Estado, es la creación de organismos especializados y bien formados social, científica y moralmente para la formación de la niñez abandonada.

4) El derecho a enseñar.

Este derecho se funda en una doble exigencia de la libertad cultural. En primer lugar, el derecho de aprender en unos corrobora el derecho de enseñar en otros, pues no podría ejercerse aquel en la forma que cada uno juzgue más conducente, sino hubiese la posibilidad de

PRINCIPIOS EN QUE SE BASA LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA

CONCEPTO DE EDUCACION: que es formar y no informar meramente.

DERECHO NATURAL: es la familia la que engendra hijos, no el Estado.

CONCEPTO DEMOCRATICO DEL ESTADO: su función es velar, controlar, castigar y suplir.

JUSTICIA DISTRIBUTIVA: todos pagan impuestos: todos deben beneficiarse de ellos.

JUSTICIA SOCIAL: la escuela privada no debe ser privilegio de la clase adinerada exclusivamente.

PROGRESO: solo es posible en un clima de sana y libre competencia.

DEMOCRACIA: la centralización educacional predispone a las dictaduras.

LIBERTAD DE CONCIENCIA: respeto a todas las ideologías, no por la negación de ellas, sino por la tolerancia y la convivencia.

elegir aquellos maestros, que uno cree más aptos. En consecuencia, el que tiene capacidad de enseñar debe gozar de libertad para practicarla con aquellos que a él deseen acudir.

Pero, además, el derecho a enseñar radica en una exigencia social de la naturaleza humana, es decir, el de la esencia social del hombre, que tiende a comunicar a los demás las propias ideas, las propias adquisiciones científicas, religiosas, artísticas, etc., etc. En este sentido, el derecho a enseñar brota de la más íntima raíz natural del hombre, y es indispensable su libertad para que la cultura, que no es solamente un bien individual, sino también un bien social, pueda progresar, ampliarse, afinarse y aquilatarse.

Si atendemos ahora al conjunto de estos cuatro derechos que acabamos de señalar como constitutivos esenciales e inmediatos de la libertad cultural, y que, en realidad, son aspectos de un derecho único y total del hombre a la verdad, comprobáremos una consecuencia práctica, inmediata, simple, pero de suma importancia. El derecho a la verdad, comprobada por uno mismo, el derecho a aprender y a enseñar, implican inmediatamente el derecho a elegir los métodos de acceso a la verdad, lo que, en concreto, importa el derecho a elegir aquellos centros de enseñanza, aquellos profesores, programas, exámenes, sistema pedagógico, y, en general, aquel ambiente o medio, que yo creo más apto para adquirir la cultura. Si a mí no me es posible comprobar por mí mismo el valor de los diversos sistemas de educación, es decir, programas, exámenes, profesores métodos, etc., etc., sino que se me fuerza a elegir un determinado sistema o centro educativo, corro el peligro de que se me imponga "desde fuera", contra mi voluntad, una cultura que no es auténtica en

sí misma, o por lo menos que no es auténtica para mí; una cultura que yo no he podido comprobar si es verdadera o si es ficticia; en una palabra, yo no podré comprobar si en tal centro o método se me conduce o no hacia la verdad que es el objetivo de toda formación humana y a la cual todos aspiramos. Por lo mismo, el adulto que quiere estudiar, o el padre que quiere formar su hijo, deben tener derecho a elegir aquél centro y sistema educativo que ellos crean más convenientes; y, si entre los diversos sistemas que se le ofrecen ninguno le satisface, debe tener derecho a crear o a propiciar otros sistemas educativos que él crea más conducentes para el acceso a la verdad.

III. — LIMITACION LEGITIMA DE LA LIBERTAD CULTURAL

Pero la libertad cultural la ejercita el hombre dentro de la sociedad, y, por tanto, ella como cualquier otra, debe tener presente la libertad de los demás ciudadanos. Esta interacción supone siempre una limitación en el ejercicio de las libertades respectivas. Por eso, el primer motivo de limitación de la libertad, será que el ejercicio de mi libertad cultural limite injustamente el de los demás. Se impone el respeto mutuo a todas las libertades individuales. Por lo mismo, no puedo yo querer extender la mía con perjuicio de la libertad de los demás. No debo, en este sentido, exigir que los otros ciudadanos o la sociedad entera sirva exclusiva y primariamente a mi propia formación individual. Pero, en este punto, el problema de la limitación de la libertad cultural tiene pocas aplicaciones prácticas. Dificilmente mi ciencia limita la capacidad de saber del prójimo. A lo más, entraría aquí el caso de una distribución equitativa de las posibilidades so-

VENTAJAS DE LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA

- Terminaría con la política en la escuela y en la Universidad.
- Se dignificaría la función del magisterio.
- Se acabaría la lucha entre laicistas y partidarios de la enseñanza religiosa.
- Se terminaría con los "maestros funcionarios".
- Se elevaría el nivel cultural del pueblo.
- Se iría formando la conciencia democrática y federal del pueblo.
- Se llegaría a la unión nacional y a la convivencia.
- Se terminaría con la intolerancia, la injusticia y el revanchismo.
- Surgirían en nuestro país las grandes instituciones que nos faltan, con carácter propio, historia y tradición.

ciales de acceso a la verdad entre todos los ciudadanos, de acuerdo con su aptitud para ello.

Más frecuente es el caso de la limitación de la libertad cultural, cuando el ejercicio de la misma es directamente nocivo al bien común. Tal sucede cuando se utiliza la cultura o la enseñanza contra el orden público o la moral. Es evidente que no puede haber libertad para un tipo de enseñanza, de educación o de aprendizaje, que implica una perversión moral o una inseguridad social. Tal sería, por ejemplo, el caso de un profesor que enseñase a sus alumnos a ser cocainómanos, o a cometer robos y homicidios. Es claro que entonces puede y debe la autoridad pública limitar su libertad de enseñar. Pero es de capital importancia comprender bien cuál es en este caso el principio de limitación de la libertad cul-

tural. Es el respeto a un orden público básico y a una moral pública necesarias para la convivencia humana. Por tanto, cuando se respeta el orden público y los principios básicos de la moral pública, debe concederse, en todo lo demás, plena libertad cultural, tanto para aprender como para enseñar, según los métodos, normas, instituciones, profesores, textos, etc., etc., que cada uno crea más conveniente. Todo lo que desborde de esta exigencia básica del orden público y de la moral fundamental, ya sería una limitación ilegítima de la libertad cultural.

Podemos ahora formular lo que podríamos llamar el **principio de libertad cultural integral**: "Todo hombre tiene derecho a un acceso libre a la verdad, comprobada por sí mismo, a aprender y a enseñar según aquéllos métodos que crea más aptos para ello, sin más limitación que la que exige el respeto a un orden público básico y a la moral fundamental". Este principio procede de la mayor conciencia que el hombre del siglo XX ha ido adquiriendo del valor y de la esencia de la persona humana, que tiene como dimensión y estructura esencial la libertad. El supone y exige el respeto pleno a la libertad cultural, llevando hasta el límite ese respeto, y limitándose a las exigencias elementales de orden público y moral, requeridas para una pacífica y constructiva convivencia de los hombres entre sí, aún cuando posean diversas tendencias políticas, creencias religiosas, opiniones científicas o filosóficas, o concepciones económicas y sociales.

IV. — LIMITACIONES ILEGITIMAS DE LA LIBERTAD CULTURAL

Examinemos ahora los casos más frecuentes de limitación ilegítima de la libertad cultural.

1) **El sectarismo.**

El sectarismo es la fuente principal de limitaciones ilegítimas de la libertad cultural. Implica un desconocimiento de los derechos del prójimo, en favor exclusivo del sectario. La esencia del sectarismo consiste en excluir otro horizonte de ideas distinto del propio; y, casi siempre llega a querer imponer el propio horizonte a los demás. Como indica la palabra sectarismo es una especie de corte que se hace en el campo de la cultura o de la religión, limitándolo a un sector determinado, de aquí el nombre de secta que quiere decir corte, separación, división, porque opera una especie de recorte o separación del campo de las ideas, con la intención de excluir toda idea que no entre dentro del circuito cerrado por la propia voluntad o por el propio horizonte individual. El sectarismo se identifica también con el dogmatismo, porque sólo admite como verdad las propias ideas incluídas en el propio campo seccionado. El sectarismo es también intolerancia porque no permite, sistemáticamente, más ideas que las propias.

El sectarismo nace y se alimenta, casi siempre, de la ignorancia y de la pereza intelectual. De la ignorancia porque no sabe comprender, que más allá de su propia verdad puede haber también otras verdades, ya que ningún hombre puede alcanzar la verdad total en todos los órdenes. El sectarismo ignora la limitación esencial de la inteligencia humana, incapaz de comprender por sí sola toda la verdad. Es sorprendente la confianza que el sectario tiene en sus propias ideas, y llega a afirmar, peregrinamente, los mayores absurdos porque él "ve con evidencia". El sectarismo ignora también la situación del prójimo frente a la verdad,

y por ello es casi siempre incomprensivo respecto de las opiniones ajenas, no sólo porque no las tolera, sino porque no las entiende, y se hace incapaz de entenderlas porque se ha cerrado sistemáticamente para mirar sólo una parcela de la verdad o del error en que él se halla situado. En fin, el sectarismo es pereza intelectual con mucha frecuencia, pues no se toma el trabajo de superar las propias ideas.

El sectarismo es por eso el enemigo fundamental de la libertad cultural. Y puede afirmarse que siempre que uno limita la libertad cultural procede en forma consciente o inconsciente con sectarismo. Por desgracia es una de las debilidades más frecuentes entre los hombres.

2) **El monopolio cultural.**

El sectarismo organizado e impuesto por el gobierno cristaliza en el **monopolio**, es el monopolio mismo. Este no significa otra cosa que la conducción única en la sociedad de la cultura o del comercio o de la industria o del deporte etc., etc.... Cuando se aplica a la cultura proviene siempre del sectarismo ideológico aplicado, con buena o con mala fe, pero siempre procede de dogmatismo, intolerancia e ignorancia. El monopolio, para que sea efectivo, debe ser aplicado por el Estado o al menos respaldado en alguna manera por él. De ahí que la responsabilidad de todo monopolio recaea, en último término sobre el Estado, en cuanto por él designamos no ya a la sociedad política organizada, sino al Gobierno.

Ahora bien, el monopolio, que es, en nuestro caso, la supresión de los derechos de los particulares a elegir un tipo de enseñanza, en beneficio de una **dirección única** del Estado, es lo más directamente contrario que existe a la libertad

de enseñanza. Y tanto más contrario cuanto más efectivo, como sucede con el monopolio llamado Estatal. El mundo moderno se ha ido librando, poco a poco, del monopolio estatal, impuesto a principios del siglo XIX por Napoleón e imitado después en casi toda Europa. Pero, por desgracia, todavía hay algunas naciones que lo mantienen, o con estricta rigidez, como en los regímenes comunistas, o con mayor o menor amplitud en algunos países también fuera de la cortina de hierro. Por cierto que Argentina es una de las pocas naciones americanas que todavía lo sostiene en todos los órdenes de la enseñanza.

El monopolio es un ataque directo a la raíz misma del derecho de libertad de enseñanza. Esta afirmación se desprende del análisis que anteriormente hemos realizado sobre la esencia, exigencia y límites de la libertad cultural. El monopolio desborda siempre los límites justos en que debe encerrarse la libertad cultural, para extender su influencia hasta todo un aspecto de la educación y a veces a la educación integral. Pero analicemos todavía más detenidamente la gravedad del atentado del monopolio estatal contra la libertad cultural.

a) Por de pronto, el monopolio estatal en el grado de enseñanza y en el campo a que se aplica o se extiende, resulta una **imposición externa y uniforme**, para todos los ciudadanos en su método de acceder a la cultura. Ahora bien, ya hemos visto que todo tipo de imposición cultural "desde afuera", es contrario a la dignidad humana. Y la gravedad del monopolio se acentúa porque **afecta a todos** los ciudadanos. Así, pues, tanto por la calidad de la violación de la libertad cultural, como por la extensión, el monopolio resulta doblemente injusto.

b) Además, el monopolio **cohibe y restringe el progreso**. Porque limita los

métodos de investigación, de enseñanza y educación a un tipo determinado, y, con ello, impide el avance, la exploración, la iniciativa de la inteligencia hacia otros campos inexplorados, que podrían traer nuevos descubrimientos y perfeccionamientos en los métodos de educación y de investigación científica. Hemos estado soportando, desde que se inició el monopolio estatal, planes de enseñanza que han sido objeto de las más ajustadas críticas, y soportamos todavía sistemas que, en muchos aspectos, son antipedagógicos. Sin embargo, es imposible al educador romper esos moldes y ensayar métodos más realistas de educación. Aun cuando, como sucede en Argentina, cada cual es libre de enseñar y de abrir escuelas a su gusto,

FRACASO DE LA ENSEÑANZA LAICA

ESTANISLAO ZEBALLOS

Que en 1884 votó a favor de la escuela laica, después de la "semana trágica" de 1919, acusó a la escuela sin religión en un artículo publicado en la Revista de Derecho y Ciencias Sociales, de ser culpable del fracaso de nuestra educación y de la corrupción infantil prematura.

LEOPOLDO LUGONES

En un artículo de "La Nación" publicado el 13 de Febrero de 1938, escribió que el delito, la inmoralidad y el izquierdismo prosperan gracias a la instrucción laica.

mientras subsista el monopolio estatal en la dirección y en el reconocimiento de la enseñanza pública, las iniciativas privadas quedan desprovistas de las ventajas que dan los títulos reconocidos por el Estado, con lo cual se les priva prácticamente a los que no los tengan, de los medios de subsistencia. Sin contar los que se ven obligados, por un motivo o por

otro, a recurrir a las escuelas oficiales, en las que el monopolio en los métodos y programa es estricto.

c) El monopolio, es **un atentado a la personalidad**. Impone un tipo de **educación standard** a todos los ciudadanos y los obliga a entrar en ese molde. Tanto para la inteligencia como para la voluntad, tanto para los educandos como para sus padres, el monopolio significa un atentado contra el desarrollo auténtico de la personalidad. Lo cual debe aplicarse, ya sea al método educativo que el Estado impone, como al contenido ideológico de la educación.

d) Finalmente, y tal vez sea este uno de los peores males del monopolio, **el ciudadano se siente degradado bajo el régimen del monopolio educativo**. Todos los monopolios son degradantes, y sólo su estricta necesidad puede justificarlos transitoriamente. Pero cuando se trata del monopolio cultural y educativo, la ofensa a la dignidad humana es mucho mayor, porque afecta directamente a la esencia misma del hombre, a la inteligencia y a la libertad. Y la degradación resulta tanto mayor, cuanto que la experiencia casi total de la aplicación del monopolio de la enseñanza ha demostrado que cuando el gobernante posee esta arma hace indefectiblemente que la educación esté al servicio del gobierno de turno, que impone la ideología y aún los cambios bruscos en la misma, obligando a todos a decir blanco donde antes decían negro, porque así lo exige la "nueva línea" que ahora conviene a los intereses del gobernante. Son tremendos los casos de conciencia que a los educadores, a los padres de familia, y a los alumnos impone el monopolio en manos del gobernante. Y las experiencias, por desgracia, son demasiado frecuentes, precisamente porque se fundan en la naturaleza misma del

monopolio y en la psicología del gobernante.

3) Los tipos de monopolio.

Puede haber tantos tipos de monopolio educativo como concepciones de la educación. En el caso de que estricta o únicamente se imponga una de ellas, tendremos el monopolio correspondiente. Pero en la historia reciente se nos han presentado cuatro tipos de monopolio, que por lo demás intentan crear un ambiente general a la educación. Son ellos el monopolio religioso, político, laicista y racial.

El **monopolio religioso** quiere imponer un tipo de educación con una mentalidad religiosa y un ambiente religioso determinado.

El **monopolio político** quiere dar a la educación una concepción política, también determinada, y unificar con ella a toda la nación.

El **monopolio laicista** quiere que toda la educación se desarrolle al margen de la religión.

El **monopolio racial** intenta limitar la educación y la cultura solamente a alguna raza o razas privilegiadas.

Establezcamos, como ley general, que se desprende del principio de libertad cultural, ya analizado, fundándonos en la esencia misma del hombre, que todo monopolio educativo y en el grado en que es monopolio, ya sea religioso, político, laicista o racial, es un atentado a la dignidad humana e implica una degradación de aquéllos a quienes el monopolio se impone. Se degrada al hombre cuando se le quiere imponer una educación religiosa, con la que él no está de acuerdo; se lo degrada cuando se le quiere forzar a admitir una concepción educacional política contra las propias convicciones de la forma en que debe ser conducida la vida pública de su nación; se lo degrada cuando se lo quiere limitar a un tipo de educa-

ción laicista, si está persuadido de que la educación debe ser religiosa y quiere para sí y para sus hijos tal ambiente de educación; finalmente, se lo degrada cuando por su color o por su sangre se lo excluye de un acceso a la cultura o se lo limita en sus inclinaciones a estudiar y a aprender.

En consecuencia, sea el Estado, sea una Religión, sea una camarilla cualquiera la que desea imponer un tipo de monopolio, comete una ofensa contra la dignidad esencial del hombre, y, es en tal sentido, un enemigo del mismo orden social. Ni el Estado, ni un partido político, ni una religión o instituto o ateneo tiene derecho a imponer a los ciudadanos un **tipo único** de educación, en ninguno de los grados de la misma, desde la primaria hasta la universitaria y desde la especializada hasta la técnica. El monopolio va directamente contra el derecho que cada familia o individuo tiene, para elegir el tipo de educación que crea más conveniente, siempre que respete el orden público y la moral fundamental.

En resumen, no se puede imponer un tipo único de escuela religiosa, ni un tipo único de escuela laica, ni política, ni racial. Lo único que corresponde es que **tengan educación caeólica los que la quieran; educación laica los que la quieran; y que se busque la fórmula adecuada para ello, que no es por cierto muy difícil de hallar.**

4) Los argumentos en favor del monopolio.

En Argentina hemos tenido un fenómeno curioso, y acentuado, por cierto, después de la caída del último régimen: han sido precisamente los partidos denominados de izquierda, los que más han defendido el monopolio estatal. El fenómeno no nos resulta extraño, si atende-

mos a que la lógica humana es con frecuencia muy débil. Por eso, los partidos que generalmente más insisten en la libertad, los mismos que en el régimen anterior reclamaban la libertad de enseñanza y proclamaban que el Estado no

EL ESTADO Y LA EDUCACION

J. H. PESTALOZZI:

"El Estado, como también la Sociedad y las masas, influye sobre el individuo. No exige del ciudadano ni virtud, ni nobleza de corazón, base de toda virtud. No desea otra cosa sino el acto. La educación, por el contrario, es cultivo de los móviles. De aquí se sigue que el Estado, que, ciertamente, se ocupa no poco del saber y del poder, pero en manera alguna del móvil de los actos del ciudadano, no educa ni puede educar. Si tal es el caso en un Estado ideal, ¿qué decir del Estado en concreto?"

"A nosotros nos toca llegar a ser hombres para llegar a ser ciudadanos."

"En su íntima esencia, el derecho a la cultura individual es un derecho de la naturaleza humana superior al derecho del poder."

(Citado en *Filosofía pedagógica*. De Hovre, p. 207. Ed. Razón y Fe. Madrid.)

era precisamente el indicado para conducir la educación, insisten ahora, paradójicamente, en que es precisamente el Estado el que debe monopolizar la enseñanza primaria, secundaria y universitaria.

Los argumentos que en esta "nueva posición de las izquierdas" han salido a flote son "ocasionales", y de inmediato aparece que más bien resultan un pretexto que un argumento de fondo. Examinemos los que más se han repetido.

a) **La unidad nacional.** — En favor del monopolio estatal se ha sacado a luz el argumento de la "unidad nacional": Es indispensable, se dice, unificar la educación, para respaldar y resguardar la unidad nacional. ¿Qué sucedería si la educación diera origen a mentalidades inconciliables dentro de la nación?

Fácilmente se ve que no hay proporción entre la "unidad nacional", y el medio que para ella se reclama. Con este argumento deberíamos llegar al totalitarismo más absoluto en todos los órdenes de la vida nacional. Nos imaginamos que solamente los comunistas pueden proponer, lógicamente, este argumento, después de haberse puesto de espaldas a la esencia y a la dignidad del hombre, y haber negado los derechos más esenciales de la persona humana, haciendo tabla rasa de su libertad y de su inteligencia. Pero aquellos partidos, escritores, pensadores o educadores que quieren respetar la libertad básica de los ciudadanos y los principios más elementales de un orden democrático, no pueden llevar el argumento de la "unidad nacional" hasta el monopolio estatal de la enseñanza. Porque la unidad nacional consiste en una mentalidad espiritual nacional determinada, por la que todos los ciudadanos viven el espíritu patriótico, trabajan y colaboran en el engrandecimiento de la propia nación. Ahora bien, estos principios de la nacionalidad pueden perseguirse y obtenerse dentro de ideologías religiosas o políticas o sociales muy diferentes, como lo demuestra la experiencia de naciones que tienen una perfecta cohesión nacional con diversidad religiosa, política de partidos, social, educacional y aún racial. Gran unidad nacional tienen los ingleses, y, sin embargo, no existen entre ellos el monopolio estatal de la educación, ni **escuela única** en ningún sentido; y unidad nacional y espíritu nacional tienen los norteamericanos, con plena

libertad de enseñanza. Precisamente esta libertad de enseñanza, esta exclusión del monopolio, es uno de los elementos de esa unidad nacional, porque todos se sienten cómodos en una misma nación, en la que todos ven respetados sus derechos y sus preferencias personales.

Además, a los que invocan el argumento de la unidad nacional en favor del monopolio estatal, de la escuela única y de la Universidad única, se les podría preguntar: ¿Pero, por qué ha de haber ese tipo de unidad nacional y no otro? ¿Por qué la unidad nacional, se ha de realizar en el laicismo de la minoría y no en la religión de la mayoría? ¿Por qué la unidad se ha de lograr en la escuela

INGENIEROS PIDE LIBERTAD DE ENSEÑANZA

"La libertad de la docencia y del aprendizaje elevarán el nivel de los estudios, por simple selección natural. Interesa a la sociedad el desenvolvimiento del mayor número de aptitudes y de vocaciones. El Estado se reservará, solamente, el contralor de la competencia para el ejercicio de profesiones que podrían ser peligrosas sin una capacidad técnica suficientemente demostrada."

(José Ingenieros, *Las fuerzas morales*. Talleres gráficos Argentinos de L. J. Rosso, Bs. As., Obra póstuma; pág. 134. Art. "Educación, escuela, maestro", párrafo III: Del Maestro, número 81 intitulado "Los intereses educacionales deben ser dirigidos por los mismos educadores".)

laica y no en la escuela religiosa? Porque, si la religión es una determinada concepción de la vida, el laicismo es también otra concepción integral de la vida. No vemos, en consecuencia, la razón de que la "unidad nacional" se haya de lograr

precisamente en esa concepción que tienen unos y no en la que tienen otros. Naturalmente, que en la Argentina el argumento tiene más fuerza todavía, pues es innegable que la inmensa mayoría de los argentinos tienen mentalidad católica y religión católica. Lo lógico sería entonces que la unidad se realizase sobre la base de la mentalidad que ya poseen la mayoría de los argentinos. El argumento debería pues volcarse contra la enseñanza laica.

La unidad nacional no debe consistir en una uniformidad monopolizante de la mentalidad de los argentinos, ni en la religión, ni en el laicismo, sino que debe darse y respetarse la libertad de concebir la vida, la educación, la política y la sociedad, de diversas maneras, siempre que se salve el orden público y el interés esencial de la nación.

b) **La neutralidad.** — Otro argumento repetido es el de la "neutralidad" en las escuelas del Estado. Se dice que, asistiendo a las escuelas del Estado alumnos de diversas concepciones religiosas, la escuela no puede mostrar preferencias por ninguna de ellas, debe, por tanto, prescindir de todas y mantenerse neutral.

1) La neutralidad es imposible.

Pero, la neutralidad es imposible, tanto en la teoría, como en la práctica; a no ser que se quiera reducir la enseñanza y la educación en la escuela a la educación física y a las matemáticas. Veámoslo.

a) **La neutralidad es imposible por el "objeto" mismo de la educación.** — Porque la ciencia, en muchos de sus problemas, precisamente en los que más de cerca afectan al hombre, está implicada en planteos religiosos y filosóficos. Es imposible hablar del origen del hombre, ni de la naturaleza del hombre, ni de su

historia, ni de la sociedad, ni de la concepción de la sociedad y de la política, ni del valor de la ciencia en sí misma, ni de la vida, ni de la materia, sin entrar en el terreno filosófico y religioso. ¿Habría que dejar entonces de dar al niño, al joven, y al universitario una concepción de los problemas científicos, filosóficos e históricos, que más de cerca atañen al hombre y sobre los cuales el alumno no puede dejar de preguntar espontáneamente al maestro? La neutralidad educacional, el laicismo en su más elevado sentido de neutralidad, es por lo tanto teóricamente imposible.

b) **La neutralidad es también imposible por parte del "sujeto" o del profesor.** — El maestro siempre deja sentir, en la clase, su propia ideología. El católico la dejará traslucir de inmediato, el laicista hará lo mismo, el ateo positivo no podrá frecuentemente dejar de dar su opinión sobre muchos problemas, el comunista, el socialista, el burgués, harán lo mismo.

HABLA ALBERDI

Bien lejos estaba Alberdi de subestimar la instrucción pública, pero son suyas estas líneas:

"La instrucción primaria, dada al pueblo, más bien fué perniciosa. ¿De qué sirvió al hombre del pueblo el saber leer? De motivo para verse ingerido como instrumento en la gestión de la vida política, que no conocía; para instruirse en el veneno de la prensa electoral, para leer insultos, injurias, sofismas y proclamas de incendio, lo único que pica y estimula su curiosidad inculta y grosera. No pretendo que deba negarse al pueblo la instrucción primaria, sino que es un medio importante de mejoramiento, comparado con otros, que se han desestimado... La religión, base de toda sociedad, debe ser, entre nosotros, un ramo de educación, no de instrucción" (*Bases, VIV: La educación no es la instrucción*).

Todos dejarán entrever, aún con deseo de ser neutrales, sus propias ideas.

Pero, con mucha frecuencia, el maestro tiene en su interior un afán proselitista, y entonces aprovechará mil oportunidades para hacer presión sobre los alumnos en el sentido de sus propias ideas. Conocemos tantos casos concretos en la enseñanza primaria argentina, pero sobre todo en la secundaria, normal y superior de profesores que **sistemáticamente**, van dejando caer su ideología sobre la clase, aprovechando hasta la ironía, para avergonzar a los alumnos católicos, que consideramos uno de los más graves abusos del Estado argentino y uno de los más graves ataques a la conciencia de los alumnos y de los padres de familia, el que se los obligue prácticamente a recibir la enseñanza en las escuelas del Estado, con frecuente peligro de caer en manos de profesores que positivamente combaten las ideas religiosas de sus alumnos. No es de extrañar que esta situación resulte intolerable, y, por lo mismo, que los argentinos en su inmensa mayoría católicos, se hallen insatisfechos y ofendidos con la actual situación del monopolio estatal.

c) **La neutralidad es imposible por parte del fin de la educación.** — Pero, si la neutralidad es imposible, atendiendo al profesor, no resulta menos imposible si vemos el fin de la escuela. La escuela, como continuación de la familia, debe dar al alumno una **educación integral**, es decir, debe educar al hombre completo. No hay ningún filósofo psicólogo de la educación, que desconozca este principio. Ahora bien, ¿cómo puede la escuela dar una educación integral al alumno, si no puede hablarse, en toda su carrera, de los problemas que más interesan al hombre, si no le puede dar los últimos motivos de su conducta moral, si ha de limitarse, en una palabra, casi exclusivamente a

DEFICIENCIAS DEL PLAN DE ENSEÑANZA NORMAL

Nos informa la Directora de un Colegio adscripto de la Provincia de Santa Fe, 29 de Mayo del corriente año:

“Nuestras alumnas del Curso del Magisterio tienen 32 horas semanales de clase, en 4º y 5º año. Esto supone que dos veces a la semana asisten a 7 horas de clase, 6 consecutivas, en las escuelas de un solo turno, y Ed. Física a la tarde, y a 6 horas los demás días.

Por la tarde, además, deben preparar 6 ó 7 materias para el día siguiente.

Dos agravantes: 1) El programa no supone la enseñanza religiosa que en nuestros colegios se da todos o casi todos los días, como es lógico suponer en establecimientos de educación.

2) Las clases de Práctica exigen especial dedicación y tiempo en confección de planes, búsqueda y preparación del material etc. y más de una vez en el estudio del tema. El término medio del alumnado que quiere “cumplir” realiza una tarea intelectual de 14 horas diarias y aún así no alcanzan a preparar debidamente todas las lecciones. En casa tenemos 34 alumnas del curso del Magisterio internas. Tenemos experiencia del esfuerzo y del desgaste que esta vida les exige.”

una serie de conocimientos positivos, que dejan de lado, si en realidad quiere ser neutral, lo que más le interesa al alumno conocer para su propia vida y aún para interpretar los conocimientos positivos, que la escuela le quiere dar? La escuela que quiere ser neutral en lo religioso es, por necesidad, una escuela humanamente mutilada, y, por consiguiente, una escuela que desorienta, en vez de educar.

2) Neutralidad y libertad cultural.

Hemos visto que la neutralidad es imposible, por razón del objeto de la ciencia, por razón del maestro y del profesor y por razón del fin mismo de la escuela. Pero además la neutralidad misma, en en cuanto tal, resulta **ofensiva a la libertad cultural**.

Aún en la hipótesis, teórica y prácticamente imposible, de que la escuela llegase a ser neutral, todavía, el imponer por medio del monopolio estatal la escuela neutral única, resulta contra la libertad cultural. Porque, precisamente, la libertad cultural exige el tipo de escuela que uno cree más apto para sí o para sus hijos, a fin de formarse y acceder a la verdad. Ahora bien, si a mí, en cuanto hombre, no me satisface el tipo de escuela neutral, ¿por qué se me ha de imponer? ¿Por qué el Estado debe imponer a todos na, los católicos los que reclaman plena libertad educacional para todos, procediendo con plena lógica de acuerdo con el mismo tipo de escuela, aunque esta sea neutral, si hay muchos ciudadanos que no la admiten, sea desde el punto de vista pedagógico, sea por un problema de conciencia? De esta manera, la escuela neutral resulta contraria a la libertad cultural misma, ya que de hecho la escuela neutral única pone un tipo standard de educación, "desde afuera", contra lo que exigen la libertad cultural propia del hombre.

3) La única solución justa.

Por lo tanto, la **única fórmula posible de libertad cultural** es que el estado permita, autorice y aún, cuando sea necesario, él mismo cree, aquéllos tipos diversos de escuela exigidos por la conciencia de los ciudadanos. Que aquéllos que quieren una escuela laica la puedan tener; que los que quieren una escuela con re-

ligión la puedan tener; y los que quieren una escuela "neutra" también la tengan. Y así que cada agrupación tenga derecho a formar aquel tipo de escuela que crea conveniente para la educación propia de los ciudadanos o de sus hijos.

Se dirá, entonces, que el Estado se vería obligado a crear una escuela para el gusto de cada ciudadano. Aclaremos de inmediato: 1º El Estado no tiene porqué ser el único que abre escuelas, y, precisamente, por esta grave dificultad se demuestra la injusticia esencial del monopolio estatal que hace del Estado la escuela única. 2º El Estado, en consecuencia, debe autorizar y fomentar, todo lo posible, la creación de escuelas privadas reconocidas, que puedan responder a la diversidad de los deseos de los ciudadanos para que éstos puedan elegir el tipo de educación que le corresponde. 3º Cuando el Estado crea escuelas, debe atender a los deseos de los alumnos y de los padres de los alumnos que a dichas escuelas concurren, si estos coinciden, **en su inmensa mayoría por los menos**, en una mentalidad común. 4º Finalmente, sólo en el caso, infrecuente, sobre todo en Argentina, de que los asistentes a una escuela sean de religiones o de mentalidades sociales diferentes, se debe organizar la escuela de modo que sea posible, en determinadas horas, **a los alumnos y en la escuela** recibir la educación complementaria ideológica que sus padres o los alumnos reclamen.

Como se ve los argumentos de neutralidad o de unidad, con que se quiere defender el monopolio estatal, por un lado prueban demasiado, y obligarían a imponer, lógicamente, el totalitarismo en la vida entera de la nación. Por otro lado, resultan, en sí mismos, sofísticos y contradictorios. Sin hablar de que precisamente aquéllos que ahora en Argentina los defienden, hace unos años argüían en forma totalmente diferente.

Sucede ahora, y a pesar de ser tachada de intolerante la Iglesia católica, ha sucedido con mucha frecuencia, que es precisamente ella la que está proclamando, defendiendo y exigiendo la libertad de conciencia para **todos** los ciudadanos, tanto para los católicos, como para los no católicos, en un problema tan importante como es el de la educación de la niñez y juventud. Porque son ahora, en Argentina la dignidad, la esencia y los derechos del hombre.

4) Neutralidad e intolerancia.

El panorama de los que quieren imponer el laicismo en una escuela única y en nombre de la neutralidad tiene todos los caracteres de una actitud contradictoria, es decir, que bajo el nombre de neutralidad, imparcialidad y prescindencia lo que se esconde en realidad, es una intolerancia, un empeño en "imponer" una mentalidad laicista, por todos los medios posibles, aún cuando la mayoría de los ciudadanos no se hallen, por el momento, inclinados al laicismo, y prefieran una escuela de tipo confesional. De esta manera, la neutralidad en las palabras es una verdadera intolerancia en la realidad, y el monopolio es el método más apto para hacer eficaz la intención intolerante de una minoría.

5) Injusticia del monopolio en la distribución de impuestos.

Terminemos con otro grave inconveniente e injusticia del monopolio estatal. No sólo es una ofensa a la conciencia de los ciudadanos, sino también impone una **injusta contribución económica** a una parte de ellos, tal como las cosas están en Argentina, y, en general, donde quiera

E. ECHEVERRIA OPINA SOBRE RELIGION Y MORAL

"A vosotros, filósofos, podrá bastaros la filosofía; pero al pueblo, a nuestro pueblo, si le quitáis la religión, ¿qué le dejáis?, apetitos animales, pasiones sin freno, nada que lo consuele ni lo estimule a obrar el bien. ¿Qué autoridad tendrá la moral, ante sus ojos, sin el sello divino de la sanción religiosa, cuando nada le habéis enseñado... sino a pisotear el derecho, la justicia y las leyes? ¿No os abisma esta consideración? Sin embargo si ella no pesa en vuestro juicio, echad una mirada a la República argentina y veréis doquier, escrita con sangre, la prueba de lo que digo."

"Opinaron algunos entre nosotros, que nada se hablase de religión; otros invocaron la filosofía. Las cuestiones religiosas interesan generalmente muy poco a nuestros pensadores, y cuanto más, les arrancan una sonrisa. Así se ha desvirtuado y desnaturalizado en nuestro país, poco a poco, el sentimiento religioso.

No se ha levantado durante la revolución una voz que lo fomente e ilumine. Así, las sencillas costumbres de nuestros padres se han pervertido. Todas las nociones morales se han transformado en la conciencia popular, y los instintos más depravados del corazón humano se han convertido en dogma. Así en nuestra orgullosa suficiencia, hemos desechado el móvil más poderoso para movilizar y civilizar nuestras masas."

(De *Dogma socialista*)

que el Estado mantiene el monopolio estatal, restringiendo el derecho de programas, métodos y títulos. Porque se dice que en Argentina los particulares tienen posibilidad de erigir escuelas privadas y enseñar en ellas al modo que quieran a sus hijos. Prescindamos de que las escuelas privadas en Argentina no están reconocidas si no se incorporan al régimen oficial, lo que ya es una imposición injusta de métodos, programas y exámenes.

Pero, desde el punto de vista económico, como quiera que las escuelas privadas han de ser mantenidas por los particulares, resulta que, el que sostiene una escuela privada o envía su hijo a ella pagando la pensión correspondiente, está pagando al fisco una doble contribución para la educación de la que el ciudadano no se beneficia. Y esto sucede con una gran masa de los ciudadanos argentinos, no solamente de los ricos, sino aún de la clase media, que han de realizar costosos sacrificios para poder dar a sus hijos en las escuelas privadas aquella educación que a ellos les satisface, tanto desde el punto de vista de la eficiencia pedagógica, como desde el punto de vista de su conciencia. He aquí una grave injusticia que están amparando los que defienden el monopolio estatal de la enseñanza, en particular tal como se mantiene en el actual régimen argentino.

V. LA IGLESIA Y LA LIBERTAD CULTURAL

Es curioso que, desde mediados del siglo pasado, haya tenido que ser, precisamente la Iglesia la defensora de la libertad cultural, de la libertad de enseñanza, de los derechos de los padres a dar a sus hijos la educación que ellos quieran, y de los derechos de los ciudadanos a buscar e investigar por sí mismos la ciencia en las escuelas que a ellos les resulten satisfactorias. En cambio, los gobiernos liberales, socialistas, comunistas han sido, casi sin excepción, partidarios del monopolio estatal. De esta manera, los que parecían conservadores resultan los defensores de la libertad, y las izquierdas, es decir, el liberalismo, el socialismo y el comunismo están del lado del monopolio, que significa, un totalitarismo estatal en lo que se refiere a la cultura, violando de

este modo una de las libertades más sagradas del hombre. No debemos extrañarnos. Si es cierto que en siglos anteriores la Iglesia mostró en la práctica una mayor exigencia de unidad cultural, religiosa y política, dentro de las naciones católicas, ello sucedía debido a que en la Edad Media, en el Renacimiento y en el siglo del Iluminismo, el concepto de libertad cultural no había llegado a la madurez que ahora ha adquirido. Entonces, si la Iglesia se mostró intolerante, se mostraron todavía más intolerantes las naciones protestantes, o los regímenes políticos autoritarios en sus propios estados. Más mártires puede presentar la Iglesia (y todo mártir es una víctima de la intolerancia), que ninguna otra religión o nación o partido político en la historia de la humanidad. Lo cual demuestra que, así como, en la antigüedad, comparada la Iglesia Católica con las demás religiones o concepciones sociales, mantuvo un mayor respeto por los derechos de la persona humana, por la libertad personal, por la conciencia individual, que ninguna otra institución humana, de la misma manera, también desde el siglo XIX y el siglo XX es la Iglesia Católica la que, en su conjunto y en su espíritu —dejando de lado excepciones personales que no determinan el pensamiento dominante en la Iglesia Católica—, la que con mayor integridad, sinceridad, y constancia ha defendido los derechos inalienables y las libertades esenciales de la persona humana.

Nada extraño que el principio de la libertad de enseñanza, una de las principales manifestaciones de la libertad cultural, haya sido defendido por la Iglesia Católica con más energía, claridad y lógica que por ninguna otra institución, nación, gobierno o partido político.

Bien sabemos los católicos que al re-

clamar libertad cultural para todos estamos manejando un arma de dos filos. Pero Dios ha dado la libertad al hombre, teniendo también en cuenta que la libertad es precisamente esa arma que lo mismo sirve para la vida que para la muerte, y, que si no sirviera para ambas, no sería libertad. Consecuente con el respeto a la

esencia del hombre, reclama pues la doctrina católica la libertad de enseñanza y la libertad cultural integral, dentro del respeto mutuo, y, precisamente, para salvaguardar ese **respeto mutuo** de los hombres entre sí, de la sociedad y el estado respecto de los ciudadanos, y de la Iglesia respecto del Estado.

EDUCACION RELIGIOSA EN INGLATERRA

del EDUCATION ACT:

Art. 36: "Manifiéstase un deseo generalísimo, que no emana exclusivamente de los medios eclesiásticos, de otorgar a la educación religiosa un lugar más señalado en la vida y en las actividades de las escuelas, con vistas a reanimar los valores espirituales y personales de la sociedad y de la tradición nacional del país. La Iglesia, la familia, la comunidad local y el maestro, todos tienen que desempeñar su papel en la instrucción religiosa de la Juventud."

Art. 37: "Con el fin de otorgar a la educación religiosa el lugar esencial que le corresponde, se adoptarán me-

didias para que en todas las escuelas primarias y secundarias se empiecen las jornadas con un acto de adoración en común —a menos que no se pres-ten para ello los locales escolares— y para que se dé en las mismas la enseñanza religiosa.

Art. 38: "No todos los niños desde luego estarán obligados a participar de este acto religioso o a recibir una enseñanza religiosa. La libertad de conciencia existente desde tiempo atrás continuará intacta en este respecto, y los padres que lo prefieran quedan libres de sustraer a sus hijos de toda práctica o instrucción religiosa."